

# A 30 años del martirio de Ignacio Ellacuría: pensar la salvación hoy

---

**Marcela Brito**  
**Departamento de Filosofía**  
**Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”**  
**San Salvador, El Salvador**

Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta, contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. — El mundo es eso, reveló. Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende (E. Galeano, “El mundo”, *El libro de los abrazos*).

Este brevísimo cuento de Eduardo Galeano resume, en alguna medida, lo que ha significado para mí, como académica e investigadora, acercarme a Ignacio Ellacuría, a través de su pensamiento, su obra y el testimonio de quienes lo conocieron. Considero, luego de tres largos años dedicados a escudriñar su obra y a dilucidar *quién es* Ignacio Ellacuría, que es imposible enfrentarse a su ingente legado y al de sus compañeros sin quedar anonadada, deslumbrada y, me atrevo a decir, radicalmente transformada y abrasada por esa pasión que busca la libertad y la justicia.

Suele considerarse a la filosofía como un saber desapasionado, asépticamente racional e incluso indiferente al dolor que marca el rumbo de la historia humana, especialmente el de las víctimas de la historia, como en su momento denunciaron pensadores de la talla de Walter Benjamin, Hannah Arendt, Simone Weil o Ernst Bloch. La realidad, como objeto radical de la filosofía, ciertamente, rebasa con su poderío y su dinamismo los límites de la inteligencia humana, pero no es

menos cierto que el signo que marca la pauta de nuestro devenir como realidad intramundana es una constitutiva negatividad.

En América Latina y en el Tercer Mundo, se aprecia con crudeza la gravedad de la trampa idealista, transmitida sobre todo por la filosofía y la teología tradicionales, pero también por el lenguaje político. En los tres casos se transmite una fuerte dosis de opio con lo que se elude la crudeza de la realidad<sup>1</sup>.

Esta peligrosa desviación de la realidad ha devenido en la complicidad de la filosofía con la opresión, en la medida en la que aquella ha pretendido ser universalista, racional y atemporal. En consecuencia, quien reflexiona se olvida del lugar, de los intereses y los propósitos para los que filosofa. Este lastre de la historia de la filosofía es lo que Ellacuría, siguiendo a Zubiri, denomina reduccionismo idealista, el cual se decanta en una logificación de la inteligencia y una entificación de la realidad:

Desde Parménides para acá, el ente y el ser han desplazado en la filosofía a la realidad y con ello la filosofía ha dejado de ser lo que debe y los hombres, intelectuales o no, son desviados de las exigencias de la realidad a las posibles ilusiones del ser, cuando el ser no se muestra radicado en la realidad<sup>2</sup>.

Alerta desde su juventud de esta mistificación del saber, Ellacuría persiguió nuevos derroteros para que el ser humano se liberase de la opresión objetiva y subjetiva, y para que abriera el horizonte de su realidad cotidiana más material a lo más hondo de la trascendencia y al encuentro pleno con Dios, con los demás y consigo mismo, desde la totalidad de la vida misma.

Al examinar los escritos y los testimonios que nos dejó, descubrimos que Ellacuría encontró en diversos maestros algunas pistas importantes para llegar a asir esa realidad radicalmente. En sus años de formación (1951-1961), Miguel Elizondo le enseñó la importancia de un saber vivo, riguroso y profundo; de Ángel Martínez recibió las palabras que mejor describen la hondura humana y el inminente peligro de la despersonalización, la mecanización y la banalización del mundo bajo el signo del capital. En Karl Rahner encontró no solo la importancia de la historicidad de la fe arraigada en la vida, sino también el carácter místico de la revelación de Dios en cada momento histórico, de modo que la fe ya no puede comprenderse a sí misma como un monolito inoperante, sino como un testimonio de la posibilidad misma de la irrupción de Dios en el mundo. Es aquí donde escrutar los signos de los tiempos se vuelve la piedra de toque para cualquier reflexión filosófica, teológica, política y universitaria con vistas a transformar la realidad.

- 
1. I. Ellacuría, "Zubiri, cuatro años después", en *Escritos filosóficos*, t. III, p. 402 (San Salvador, 2001).
  2. I. Ellacuría, "Superación del reduccionismo idealista en Zubiri", *ibid.*, p. 409.

Estos primeros años no solo nos dan una pista para entender el rumbo que tomará la producción teórica y la praxis de Ignacio Ellacuría, sino que también explican, en buena parte, su amistad con Xavier Zubiri. Su idea de realidad, afincada en el riguroso análisis del problema de la esencia, le permitió superar los contenidos aprendidos previamente, en sus años de estudio en Quito y en Innsbruck. En Zubiri, Ellacuría encontró el horizonte donde la filosofía, la teología, la fe y la praxis se dan la mano, y donde la intramundanía y la trascendencia se encuentran por la vía de la religión. Fue así como se le abrió la posibilidad para encontrar, desde la actividad filosófica, el principio de la liberación integral, arraigado hondamente en la realidad. De aquí se deriva el carácter principal de la realidad, una cuestión explorada desde sus primeros años de formación filosófica y teológica.

El problema de la salvación es, pues, en clave teológica, el eje fundamental que dinamiza el pensamiento de Ignacio Ellacuría. En clave secular, la civilización de la pobreza y la liberación integral de la humanidad sintetizan esa preocupación, nacida de la presencia real y apabullante de la opresión y la miseria, en todos los ámbitos de la vida humana. Su superación se convierte así en el motor del saber crítico y, en consecuencia, en tarea propia de la filosofía y la teología, dada la radicalidad de su objeto. De ahí que el tránsito de la filosofía de Zubiri a la filosofía de la realidad histórica no deba interpretarse como el distanciamiento de Ellacuría de su maestro y amigo, sino más bien como la radicalización de las posibilidades metafísicas, epistemológicas, antropológicas y práxicas de la realidad dinámica, estructural, abierta y posibilitante.

En Zubiri se trata sobre todo de una discusión teórica en busca de la verdad. Lo que le interesa no es distinguirse de los demás filósofos, sino buscar el camino, el método, para que se actualice en la inteligencia el máximo de realidad, cuantitativa y cualitativamente entendida, si queremos usar este lenguaje, y con el método adecuado ir mostrando lo que ha podido alcanzar de esa realidad en su penoso, penosísimo esfuerzo de filosofar, incluyendo desde luego en la realidad lo que es la intelección en toda su complejidad. Pero esta búsqueda de la verdad, esta voluntad de verdad no tiene tan solo un valor teorético. Tiene, además, un valor ético: el dedicar la vida a la búsqueda de la verdad, porque esa verdad encontrada engrandecerá al hombre, lo hará más honesto, lo hará más libre y también más útil para sí mismo y para los demás. Por lo menos, posibilitará todo ello. Por eso no ha de ignorarse la capacidad transformativa del filosofar y de la filosofía. Ya esa tarea emprendida para desvelar el secreto profundo que puede haber ante formulaciones en apariencia poco peligrosas, lleva a armar al lector no solo en una sospecha crítica fundamental, sino con los instrumentos adecuados para verificar esa sospecha. Hace falta un paso más. Y ese paso consiste no solo en reconstruir un pensamiento más adecuado a su misión primariamente de supervivencia

biológica y humana, sino en ayudar a transformar una realidad que permita asimismo el que haya vida (biológica) y el que esa vida llegue a su plenitud para cada hombre y para todos los hombres. Aunque las aplicaciones de este propósito no son muy explícitas en el propio pensamiento de Zubiri, no por ello falta en él ese propósito e intención y, lo que es más importante, lo contribuido por él al pensar hace que éste, con esfuerzo añadido, pero sin desviaciones, pueda cumplir y realizar mejor este propósito<sup>3</sup>.

Esto nos conduce a la realidad histórica como la categoría que retoma sistemáticamente estos presupuestos, que parten de la comprensión zubiriana de la filosofía y la realidad. Sin embargo, también se vislumbran las influencias de sus primeros maestros. Si bien la realidad histórica no es un concepto original de Ellacuría, sino de Zubiri, es el punto de partida de su pensamiento, desde la década de 1970. Esto no debe extrañar, dada la agudización de la miseria, la opresión, la violencia y la corrupción del país, que desemboca en la guerra civil de la década de 1980 y en el asesinato del mismo Ellacuría, sus compañeros jesuitas y sus dos colaboradoras, el 16 de noviembre de 1989.

La realidad histórica de Ellacuría supera cualitativamente el objeto de la filosofía de Hegel, Marx y Zubiri, al asumir la historicidad, la materialidad de la realidad, en sus dimensiones biológicas y económicas, y el dinamismo estructural de lo real en toda su apertura. Por eso, la realidad histórica es el poderoso hilo conductor de sus trabajos filosóficos y teológicos y de sus agudos análisis políticos. Ella le permitió denunciar el encubrimiento del sufrimiento de las víctimas y desenmascarar la idolatría de la riqueza, de la doctrina de la seguridad nacional y del individualismo, la razón oculta de la represión del Estado salvadoreño, respaldada por el gobierno de Estados Unidos. Ahora bien, el desvelamiento de la verdad y la realización de la justicia solo se pueden comprender a la luz de su fe, expresada en su idea de la filosofía como saber y forma de vida al servicio de la liberación. Anuncio y denuncia, utopía y profetismo.

En las décadas de 1970 y 1980, Ellacuría piensa en un futuro distinto para la humanidad, desde el pueblo crucificado como lugar teológico y hermenéutico para alumbrar la verdad liberadora de la opresión de la civilización del capital.

Este enfoque de la actuación de las potencias occidentales actuales con respecto a los países del Tercer Mundo se caracteriza, dicho de una manera breve, por cubrir una realidad, que fundamentalmente es de dominio y de opresión, con un manto ideológico muy bonito, pero que no es más que pura fachada. Con ello lo que están consiguiendo es falsificar la realidad. Y esto es

---

3. *Ibid.*, pp. 417-418.

preciso desenmascararlo. [...] En realidad es el Tercer Mundo quien descubre al primer mundo en sus aspectos negativos y en sus aspectos más reales<sup>4</sup>.

Así, pues, el lugar de la negación de la verdad y la justicia, el lugar del pueblo crucificado, se convierte en criterio de revelación y denuncia profética, mientras que el anuncio del reino de Dios, revelado por el siervo doliente de Yahvé, es signo de la presencia salvífica de Dios entre los más pobres y necesitados.

Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de su crucifixión. Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida<sup>5</sup>.

La acción profética de Ellacuría cobra su pleno sentido en la realidad histórica y en su correspondiente altura procesual, constituida por el cierre de posibilidades, la escasez de oportunidades y el privilegio de unos pocos. Asimismo, ella señala la misión de los constructores del camino del reino de Dios. De esa manera, junto con la idea de una filosofía de la realidad histórica, crítica, creativa y liberadora de realidades más ricas y plenas, Ellacuría consideró, en los momentos más difíciles de la crucifixión del pueblo salvadoreño, en la década de 1980, que la función utópica también es fundamental para el desafío de la salvación de la historia, esto es, para la viabilidad de nuestro planeta y para la vida de nuestras hijas e hijos y de las futuras generaciones.

Desde el horizonte de la realidad histórica, propuso una civilización de la pobreza como superación de la civilización del capital. No obstante, también nos advirtió de la tentación de confundir la salvación y la liberación con el mero equilibrio económico. Que Dios se haga cada vez más presente entre nosotros y que la salvación sea más palpable y real pasan por una conversión radical, en espíritu y en verdad. Así, la salvación que cambia el curso de la historia —la venida del tiempo que frena todas las violencias, según la visión de Benjamin sobre la venida del Mesías— pasa por la transformación de todos los ámbitos vitales —el personal, el social, el estructural, el económico, el político, el cultural, el de género, etc. Implica renuncia a la idolatría del capital, que pide constantemente víctimas humanas para subsistir, y el abandono superador del individualismo, del egoísmo y del materialismo, que despoja a la vida humana de su sentido y su misión.

---

4. I. Ellacuría, “Quinto centenario de América Latina: ¿descubrimiento o encubrimiento?”, en *Escritos teológicos*, t. II, pp. 526-527 (San Salvador, 2000).

5. I. Ellacuría, “El pueblo crucificado. Ensayo de soteriología histórica”, *ibid.*, p. 134.

Estas convicciones de Ellacuría, que se transpiran en sus escritos, sus palabras, sus acciones y en su vida total, nos invitan a ser pobres con Espíritu y trabajadores incansables del reino de Dios. La civilización de la pobreza es una manera de denominar el contenido místico y real de dicho reino, que siempre está viniendo hacia nosotros y que se hace más real en la medida en que nos humanizamos y buscamos una vida más austera, compartida y solidaria. Anunciar la civilización de la pobreza y denunciar los males del falso dios del capital le costó la vida a Ellacuría, en la madrugada del 16 de noviembre de 1989. La eficacia de su pensamiento y su vida, comprometida activamente hasta el final con la revelación del Crucificado y del Resucitado en este mundo, resultó intolerable para el poder maléfico de la riqueza y para la doctrina de la seguridad nacional. Sin embargo, su figura y su legado permanecen y nos interpelan, en un momento histórico en el cual, aparentemente, no hay salidas. Nos sentimos absorbidos irremediamente por la banalidad, el entretenimiento vacío y el despropósito de una vida movida por la inercia de la necesidad material, sin detenernos a preguntar cuál puede ser su sentido.

Esta interpelación, profundamente ignaciana, pero sobre todo, jesuánica, nos invita a enfrentar la desesperación y la angustia, derivadas de la crisis climática, del agotamiento de los recursos naturales, la contaminación, la pobreza, la violencia y la represión, males todos de este mundo globalizado, donde la riqueza sigue siendo de pocos, mientras que los demás deben conformarse con las migajas. El espíritu de Ignacio Ellacuría es aliento para nuestra esperanza y para repensar la salvación hoy. En la historia, lugar de apertura, se revela la novedad liberadora, que nos trae la acción salvífica de Dios de la mano de la humanidad.

Aquí y ahora, otro mundo es todavía posible, aun cuando pareciera que debemos renunciar al futuro. Todo momento es bueno para obrar la salvación, si nos ponemos en camino para encontrar a Dios, a través de una praxis de liberación, animada por el Espíritu. En palabras de Franz Rosenzweig, filósofo y teólogo judío: “El día del mundo, en su último instante, se revela como lo que fue en su primer momento: como día de Dios, como día del Señor”<sup>6</sup>.

La salvación es un camino, que arranca cuando nacemos como humanidad nueva, en el seguimiento de Jesús. Termino estas reflexiones recordando con Ellacuría que no hay mundo nuevo sin hombres y mujeres nuevos, ni salvación sin liberación. La historia sigue abierta. Por tanto, puede ser una posibilidad para hacer mayor bien o mayor mal. De ahí que debemos seguir escrutando los signos de los tiempos para que cada día sea el día de Dios.

No hay hombre sin tierra; no hay novedad del hombre sin novedad de la tierra. La tierra significa aquí la totalidad del mundo social e histórico en el

---

6. F. Rosenzweig, *La estrella de la redención*, p. 288 (Salamanca, 1997).

que el hombre vive. Puede decirse que el hombre nuevo hará nueva la tierra, pero de igual forma que la tierra nueva y buena hará hombres buenos y nuevos. Es un hecho por demás constatado hasta qué punto la configuración de la vida humana depende de la estructura social en que se desenvuelve, que nunca será neutra para él, sino principio de humanización o deshumanización, principio de vida o muerte, principio de pecado o de gracia<sup>7</sup>.

---

7. I. Ellacuría, “Historia de la salvación”, en *Escritos teológicos*, t. I, p. 613 (San Salvador, 2000).